

(Número de la Revista correspondiente
á 15 de Agosto de 1843.)

CONSIDERACIONES FILOSÓFICO-POLÍTICAS.

I.

Sin unidad no hay concierto, sin concierto no hay orden, y sin orden no pueden subsistir el mundo físico ni el moral. Estas son verdades inconcusas, eternas, aplicables á la sociedad como al individuo. ¿Qué es la virtud? un orden, un concierto, subordinados á la grande unidad, á la ley eterna, á Dios. ¿Qué es la ciencia? un orden, un concierto, dependientes de la unidad, del principio generador de los conocimientos. Cada ciencia en particular se asienta sobre una verdad que le sirve de base; y estas verdades fundamentales examinadas en su origen, se halla que convergen todas hacia otra que es como el punto fijo en que está afianzado el primer eslabón de la cadena. ¿Qué es la salud? un orden, un concierto, dependientes de la unidad, que armoniza las funciones y las hace contribuir á un mismo objeto, cada cual á su modo. ¿Qué es este universo que nos admira y asombra? es el orden, el concierto, sometidos á la unidad. Suponed que la unidad desaparece; el concierto y el orden dejan de existir; y el universo se convierte en caos.

Todos los seres, así que se apartan de la unidad á que

están sometidos, pierden en cierto modo su naturaleza ; porque ésta no consiste precisamente en la esencia que los constituye, sino que abarca todas las facultades cuyo ejercicio forma el complemento del mismo ser , y le hace alcanzar el objeto á que está destinado. El hombre demente, es ciertamente un hombre ; pero le falta el uso de la razón, y así de poco le sirve el tener esa noble facultad radicada en su alma. El díscolo, el perverso es hombre ; tiene el libre ejercicio de su entendimiento y voluntad ; pero abusando de las potencias que le ha otorgado el Criador, y desviándose de su fin , es un hombre incompleto, que trunca, por decirlo así, su propia naturaleza, privándola de su parte más bella.

Por esta causa todos los seres que existen fuera del orden que les corresponde, que han dejado de estar sometidos á la unidad , se hallan en situación violenta, y forcejan por volver á su estado normal. En el mundo físico, el cuerpo separado de su centro, tiende sin cesar hacia él ; abandonado á sí mismo, marcha rápidamente á buscarlo ; detenido por un obstáculo cualquiera, lucha por vencerle : con el choque, si antes estaba en movimiento ; con la presión, si se ha conseguido detenerle. ¿Qué busca ese aire, que se agita con tanta violencia, que se convierte en huracán y arrasa los bosques, destruye los edificios, y siembra el espanto por dilatadas comarcas ? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué buscan esas olas alborotadas que braman furiosas contra la roca inmóvil, que tragan cual leve paja la grandiosa nave ? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué tiene ese hombre que pálido y convulsivo se agita entre tormentos atroces ? un pequeño órgano se ha *desarreglado* ; le ha faltado la armonía de las funciones, la unidad ; y el desgraciado invoca la muerte como un alivio á sus crueles dolores, prefiere la no existencia á una existencia desordenada. ¿Qué mal experimenta ese otro de la frente torva y del mirar inquieto, que lleva pintado en su semblante el sello de la maldición, que anda errante por la faz de la tierra sin encontrar

consuelo ni descanso ? Se ha apartado del orden, ha perdido de vista la unidad de su regla, ha cometido un crimen. El remordimiento comienza ya el castigo que la Justicia divina consumará.

II.

Tan pronto como la sociedad se aparta de su regla, ya sea dejando extraviar las ideas relativas al orden moral, ya sea permitiendo que se derribe el poder sin sustituirle otro que le reemplace completamente, se siente fuera de su quicio, le falta la unidad que armonizaba todas sus partes, y se agita también entre mortales agonías á la manera del individuo atacado de crueles padecimientos. Tal vez se levanta con fuerzas extraordinarias y arrolla cuanto encuentra á su paso ; pero un instante después yace de nuevo en el lecho del dolor, lánguida, abatida, moribunda, escuchando con ávida confianza las palabras halagüeñas que se le dirigen para hacerla creer que saldrá presto de tan infeliz estado, que la aguardan días venturosos en no lejano porvenir. ¿Qué valen los paliativos si la raíz del mal queda intacta ? ¿esperáis crear un poder fuerte ? ¿sí ó nó ? Ahí está la dificultad ; en no superándola será inútil cuanto se haga.

A los políticos entendidos debe de causarles espanto esa falta de unidad que se nota en España : háblase mucho contra los siglos pasados ; y esos siglos sin embargo nos salvan todavía en la actualidad : que si ellos no hubiesen formado ese espíritu de rectitud, de justicia y cordura, ese apego á la monarquía que distingue á la inmensa mayoría del pueblo español, después de atravesar una revolución cien veces más terrible que la presente, correríamos á hundirnos en un abismo sin fondo.

III.

La Europa se agitó durante muchos siglos, buscando esa

armonía que se afianza en la unidad. Entregados los elementos sociales á su propio impulso se revolvían en tenebroso caos; pero tan luego como se establecieron centros con gran fuerza, en torno de los cuales se arregló el movimiento, nacieron los diferentes sistemas que forman el hermoso y variado conjunto de las naciones europeas.

Un inmenso continente que en los tiempos modernos ha venido acrecentando el número de los pueblos civilizados se halla actualmente dividido en dos partes, sujetas á condición muy diferente. En la una reina el orden, es acatado el gobierno, y las ideas é intereses sociales han constituido un centro que los enlaza y armoniza. Allí hay prosperidad y poderío. En la otra la anarquía campea, los gobiernos caen como las hojas de los árboles, las formas políticas son monstruosos embriones, á los que no se concede el tiempo necesario para desarrollarse, y manifestar con la experiencia si es posible ó nó que se conviertan en un viviente de organización regular y miembros proporcionados. No hay orden, no hay unidad; allí hay infortunio, descaecimiento, postración.

Presentamos este cotejo porque también contribuye á demostrar lo que nos hemos propuesto; pero no intentamos comunicar á nuestros lectores, entusiasmo por las formas políticas de los Estados-Unidos. Semejante entusiasmo mal puede transmitirlo quien no lo siente. Ni aprobamos ni reprobamos; nos abstenemos de juzgar; sólo nos permitiremos una observación que conviene no dejar en olvido. La vida de una nación se compone de muchos siglos; quien juzgue de un sistema político por los efectos que produce durante setenta años, se parece á quien ponderara las ventajas de un régimen con respecto á un individuo, por haberle sido saludable una corta temporada. Además: ¿quién sabe si se atribuye equivocadamente al sistema político lo que ha dimanado de causas muy diferentes? Es probable que se incurre en este error; quizás podrían señalarse razones que apoyarían esta sospecha; de

todos modos el tiempo será el juez más competente. Lo que ahora sucede ya, es un indicio de lo que podrá acontecer en el transcurso de un siglo.

IV.

Las naciones que han estado sometidas á la unidad de la monarquía hereditaria por espacio de mucho tiempo, presentan un fenómeno digno de notarse: al través de las revoluciones más profundas, conservan la fuerza de reorganizarse sin perder ni menoscabar su independencia. Casi todos los reinos de Europa muestran de bulto esta verdad: la Francia y la Inglaterra ofrecen ejemplos recientes; y según todas las apariencias la España está destinada á ofrecerlo también. La constitución de Polonia era una excepción por tener adoptado el sistema electivo; la Polonia sufrió revoluciones no tan grandes como las de otros países, y no obstante pereció en ellas.

¿Qué sería actualmente la España sin trono hereditario, sin esa institución que neutraliza tan poderosamente los elementos de mal, á pesar de que las circunstancias no le han dejado apenas otra acción que la fuerza moral de sus recuerdos y esperanzas? Viéramos reproducidas las tristes escenas de nuestras colonias de América, donde pasa continuamente el poder de unas manos á otras, sin que alcance á fijarse ni robustecerse en ninguna.

V.

Ya que hemos hablado de la *unidad* hablemos un poco de la *libertad*. El uso continuo que se está haciendo de esta palabra inclina naturalmente á meditar sobre su sentido.

Alguna vez hemos pensado sobre la realización que la libertad tiene en todos los seres; y á decir verdad, no la hemos encontrado en ninguna parte sino con muchas é indeclinables limitaciones.

Echemos una ojeada sobre el mundo material: todo está sujeto á reglas fijas. Los astros de inmensa mole como los átomos más imperceptibles se hallan sometidos á leyes constantes de las que no pueden desviarse. En el reino vegetal no es menos evidente el encadenamiento de los seres, no es menos sensible la *falta de libertad*. Las plantas han menester el calor del sol, los rayos de la luz, la humedad del rocío, el agua de las lluvias, el oro de los vientos; y no pocas el asiduo cultivo de la mano del hombre. En su nacimiento, en su auge y desarrollo, en su conservación, están dependientes de la tierra, de la atmósfera y del cielo. Se ponen lozanas, ostentan vistosos colores, producen sabrosos frutos, exhalan suavísimos aromas; pero todo á condición de estar sometidas á una regla, de *carecer de libertad*.

Los animales nacen, crecen, se reproducen y mueren, siempre con sujeción á las leyes de su respectiva naturaleza. Su existencia está ligada con las reglas que le prescriben la organización, los alimentos, el clima, y todo cuanto la afecta. Conservan la salud bajo la condición de vivir sometidos á las leyes naturales; cuando de ellas se desvían, primero sufren, y si se obstinan, mueren.

Elevándonos á la región de las criaturas racionales encontramos la libertad de albedrío, hallamos que no están sometidos los actos de la voluntad ni á la violencia ni á ninguna necesidad interior; pero fuera de este círculo ¿qué significa para el hombre la libertad? Examinémoslo con alguna detención. La libertad tomada en su sentido más general, es la ausencia de obstáculos ó trabas que impidan ó restrinjan el ejercicio de alguna facultad. Veamos si son pocos esos obstáculos y esas trabas, que ó embargan completamente el uso de nuestras facultades, ó las limitan de mil maneras diferentes.

Luego de nacido el hombre, ¿cuál es su libertad? La frágil contextura de su cuerpo recién formado mantiene en inacción todas sus facultades intelectuales y morales, y permite escaso ejercicio á las sensitivas; en cuanto á la sa-

tisfacción de sus primeras necesidades, no tiene en sí propio otro recurso sino el que le ha otorgado la próspera naturaleza para excitar la ternura y la compasión de cuantos le rodean: el llanto.

Adelantando en edad, continúa sometido á infinitas necesidades; la libertad es para él una palabra vana. Habiendo adquirido la fuerza necesaria para tomarse los alimentos, carece de inteligencia y robustez para proporcionárselos. Vive pues dependiente de sus padres durante muchos años, y sin el auxilio ajeno perecería. Sin luces en su espíritu, sin la enseñanza de la experiencia, ha menester que se las comuniquen otras personas; de ellas depende en su instrucción y educación: el *libertarse* de semejante dependencia fuera para él, sinónimo de ignorancia, inmoralidad y estupidez. Dejadle *libre*, no contrariéis en nada sus inclinaciones, permitid que se entregue á sus arrebatos, no le preciséis á resistir á la pereza forzándole á dedicarse al estudio ó á otras tareas, y experimentaréis los dolorosos frutos que le producirá la *libertad*. Veréisle crecer cual los brutos animales, con violentos instintos, con inclinaciones torcidas: no empleando el escaso desarrollo de su razón, sino para excogitar medios de satisfacer sus pasiones desarregladas.

¿Dónde está la libertad del hombre cuando llega á la edad de la razón, haciéndose capaz de dirigirse á sí mismo y de ser útil á sus semejantes? Además de la precisa dependencia en que se halla con respecto á las necesidades inseparables de la vida, se encuentra encajonado por decirlo así en un estado y profesión, que le imponen innumerables obligaciones restringiendo de mil modos su libertad. Dejemos aparte al infeliz jornalero encadenado á su trabajo desde que el sol nace hasta que se pone; al dueño de establecimientos agrícolas, industriales ó comerciales, esclavizado todo el día por la vigilancia que reclaman la conservación y prosperidad de sus intereses; al militar constreñido por las severas leyes de la ordenanza, abdicando á cada paso su voluntad para obedecer los mandatos

de sus jefes, renunciando á sus comodidades y placeres en cumplimiento de sus obligaciones; al facultativo llamado á todas horas al socorro de la humanidad doliente; al eclesiástico abandonando su familia para ir á ocupar el puesto que le señalan sus superiores, dejando sus ocupaciones más gratas ó el descanso de la noche, para trasladarse junto al lecho del dolor y recibir el último suspiro del moribundo. Considerando no más que aquella clase de hombres que por su fortuna ó particular profesión pueden pasar la vida con más ensanche y desahogo, ¡cuántas limitaciones no sufre su libertad! El estado de los negocios domésticos, las relaciones de familia, la índole y el carácter de los padres, de la esposa, de los hijos, la influencia que sobre su situación ejercen las vicisitudes políticas, las leyes y costumbres del país en que mora, y cien otras causas que directa ó indirectamente le afectan, todo contribuye á restringir su libertad.

VI.

Los pueblos que se dice que la disfrutan más amplia, viven no obstante rodeados de tantas circunstancias que la coartan, que apenas puede decirse en qué se diferencian de otros que se cuentan sumidos en la esclavitud. ¿Se libra nadie de contribuciones? ¿se libra de las vejaciones de la policía? ¿se libra de las leyes que arreglan las profesiones agrícolas, industriales, comerciales ó científicas? ¿Dónde está pues su libertad? ¿En qué lleva ventaja á los que están privados de ella? Comparad un francés con un prusiano ó austriaco, cotejad las restricciones que á la libertad de cada cual imponen las leyes del respectivo país y hallaréis que la diferencia no es tanta como algunos se imaginan.

El francés se cree libre porque nombra sus representantes que toman parte en la formación de las leyes y en el señalamiento de las contribuciones; se cree libre porque todas las mañanas al levantarse, encuentra en su bu-

fete un papel donde se leen dilatados discursos en que se atacan con virulencia ó se ridiculizan sin miramiento, los actos ó las personas de los gobernantes.

Examinemos imparcialmente á qué se reduce tan decantada libertad. El derecho de nombrar sus representantes no compete propiamente á la nación francesa, sino á un número tan reducido, que puede considerársele en la misma categoría de las antiguas clases privilegiadas. Más de treinta y tres millones de habitantes cuenta aquel reino, y el derecho electoral está limitado á unos doscientos mil; por manera que para cada ciento y sesenta y cinco franceses, hay un solo individuo revestido de este derecho, quedando privados de él los ciento sesenta y cuatro restantes. De los doscientos mil electores es preciso cercenar una parte muy considerable que no usará de su derecho por imposibilidad ó falta de voluntad; con lo cual resultarán compuestos los colegios electorales de una porción tan escasa, que será casi nula con respecto á la totalidad de los moradores. ¿A qué se reduce pues con respecto á la mayoría de la nación, la libertad fundada en el derecho electoral?

Los ardientes partidarios de la democracia hacen resaltar con vivos colores esa decepción con que se encubre un sistema falseado por su base; y de esta manera esparcen el descontento y la indignación en el pueblo, el cual se queja de que se le engaña. Bien se deja entender que no somos partidarios del sufragio universal, y que no creemos que en Europa pueda ensancharse sin gravísimos peligros la arena donde por desgracia luchan las opiniones, los intereses y las pasiones con doloroso encarnizamiento; pero menester es confesar que los hombres que se han apoderado del gobierno de la sociedad después de haberla conmovido hasta sus cimientos, no admiten las consecuencias de los principios que ellos mismos establecieron. Si creían irrealizable el ejercicio de la soberanía popular, ¿por qué la proclamaron? ¿por qué ensalzaron en teoría lo que rechazan en la práctica? Si anatematizaron la dictadura gu-

bernativa, ¿por qué la entronizaron tan pronto como pudieron ser ellos los gobernantes? Si era imposible que la ley fuese el producto de la voluntad general, ¿por qué asentaron esa voluntad como única fuente de todo poder? Si algunos de entre ellos decían que no siendo dable ni justo que la ley fuese la expresión de dicha voluntad, debía representar la razón pública, ¿cómo es que la consultan en un círculo tan reducido? ¿con qué derecho excluyen un sin número de *capacidades*, de esas *capacidades* que ellos un tiempo ensalzaron hasta el extremo, y á cuyo orden pertenecían, ostentando ufanos ese título para fundar la pretensión de tomar parte en los negocios públicos y combatir á las clases privilegiadas? Inconsecuencia chocante! clamaron contra todo linaje de privilegios, tronaron contra todas las desigualdades, condenaron la antigua organización por injusta, por contraria á derechos sagrados, por degradante de la humana naturaleza, por sostenedora de barreras que impedían la completa mezcla, la confusión, la identificación de todas las clases en una sola que debía apellidarse *pueblo*; y sin embargo tan pronto como realizaron sus sistemas, empezaron renegando de la decantada igualdad, escarneciendo la adulada soberanía, estableciendo distinciones entre clases y clases, creando verdaderos privilegios. «Pero, se nos dirá, ¿creéis que era posible obrar de otra manera? ¿creéis que era realizable el sufragio universal? ¿podíamos poner en planta nuestras doctrinas en toda su extensión sin desencadenar sobre la tierra las más tremendas tempestades?» Nó; pero confesad al menos que sois inconsecuentes, confesad que vuestras declamaciones eran arietes para derribar, nó enseñanza para construir; confesad que cuando los pueblos os echan en cara que les habéis engañado, que cuando os exigen el cumplimiento de vuestras promesas, y colocados á su frente los tribunos os llaman apóstatas, y os amenazan con hacer correr la suerte que vosotros deparasteis á vuestros antecesores, nada podéis responderles que no deje en descubierto, ó insigne mala fe, ó veleidosa inconsecuencia.

He aquí una de las causas más radicales de la inquietud que atormenta las sociedades modernas: los principios se extienden más allá de los hechos: cada vez que éstos se comparan con aquéllos se palpa la contradicción: este es el fruto de la exageración y del error.

VII.

En esta clase de materias, la libertad, si ha de ser digna de tal nombre, ha de suponer dirigido por la razón el ejercicio de los derechos otorgados por la ley, ha de suponer que no existe coacción física ni moral, y que no median otras trabas que las que consigo lleva la obligación de hacer buen uso de sus facultades, tomando por única regla la justicia, por único norte la conveniencia pública. Con tan hermosos colores se presenta ciertamente el derecho electoral en los libros que tratan de las teorías constitucionales; pero ¿qué hay de todo esto en la realidad? No hablemos de aquellos países donde la ley enmudece y sólo campea la fuerza; donde se infringen sin miramiento de ninguna clase así las leyes fundamentales como las secundarias: que en tan aciaga situación el derecho electoral no existe; esta palabra es un sarcasmo cruel con que insulta á los pueblos la impudente desfachatez de las facciones; es un instrumento de que éstas se valen para realizar sus dañados intentos, estableciendo la más insuportable de las tiranías, que es la ejercida en nombre de la ley. Limitémonos á la coacción moral, á la que dimana de las amenazas ó amagos del poder, ó de aquellos que tienen probabilidad de alcanzarlo; á esta clase de coacción que no falta en ningún país, y que es inevitable atendida la condición humana, y los procedimientos que están en uso para lo que se llama explorar la voluntad de los pueblos. ¿Quién osará decir que el resultado de las urnas la expresa genuinamente? Cuando se verifica la elección, todos los partidos se achacan recíprocamente intrigas y cohechos;